

fo pedantesco sobre tan ilustre *anticuario*, no podemos menos de permitirnos el inocente gusto que transportaba á su Quintin Durward cuando hubo desazonado al duque de Orleáns y hecho frente á Dunois, y estaríamos tentados de pedirle perdón de nuestra victoria, como Carlos V al Papa: *Sanctissime pater, indulge victori.*

SOBRE EL ABATE DE LAMENNAIS

Á PROPÓSITO DEL ENSAYO SOBRE LA INDIFERENCIA
EN MATERIA DE RELIGIÓN

Julio, 1823

¿Será cierto que en el destino de las naciones hay un momento en que los movimientos del cuerpo social parecen ser únicamente las últimas convulsiones de un moribundo? ¿Será cierto que pueda verse desaparecer poco á poco la luz de la inteligencia de los pueblos, como se borra gradualmente el crepúsculo de la noche en el cielo? Dicen las voces proféticas que entonces el bien y el mal, la vida y la muerte, el ser y el no ser, están en presencia; y los hombres van errando de uno á otro, como si les diesen á escoger. La acción de la sociedad ya no es una acción, un estremecimiento débil y violento á la vez, como una sacudida de la agonía. Los desarrollos del espíritu humano se paran, sus revoluciones empiezan. El río deja de fecundar, sumerge; la antorcha ya no alumbra, consume. El pensamiento, la voluntad, la libertad, esas facultades divinas concedidas por la omnipotencia divina á la asociación humana, dejan el sitio al orgullo, á la rebelión, al instinto individual. A la previsión social sucede esta profunda ceguera animal á la cual no le es posible distinguir las proximidades de la muerte. En efecto, muy pronto la rebelión de los miembros trae consigo el desgarrar del cuerpo, á la que sigue la disolución del cadáver. La lucha de los intereses pasajeros reemplaza al acuerdo de las creencias

eternas. Se despierta en el hombre algo de la bestia y fraterniza con su alma degradada; renuncia al cielo y vejeta más abajo de su destino. Entonces su nación se separa en dos campos. La sociedad no es más que un combate tenaz en una noche profunda, en la que no brilla más luz que la chispa que produce el choque de las espadas y la de las armaduras que se rompen. En vano saldría el sol para hacer comprender á esos desgraciados que son hermanos; encarnizados en su obra sangrienta, no verían nada. El polvo de su combate les ciega.

Entonces, empleando la solemne expresión de Bossuet, *un pueblo cesa de ser un pueblo*. Los acontecimientos que se precipitan con una rapidez siempre creciente, se impregnan más y más de un oscuro carácter providencial y de fatalidad, y los escasos hombres sencillos que han permanecido fieles á las antiguas predicciones, miran aterrorizados si no se manifiestan dignos en los cielos.

Esperemos que nuestras viejas monarquías no han llegado aún á ese extremo. Mientras el enfermo no repele al médico, se conserva alguna esperanza de curación, y el entusiasmo ávido que despiertan los primeros cantos de poesía religiosa que ha oído este siglo, prueba que todavía hay un alma en la sociedad.

Hay que fortificar ese soplo divino, hay que reanimar esa llama celeste á que hoy tienden todos los espíritus verdaderamente superiores. Cada uno aporta su chispa al hogar común, y gracias á su generosa actividad, el edificio social puede reconstruirse rápidamente, como esos mágicos palacios de los cuentos árabes, que una legión de genios acababa en una noche. Así encontramos meditaciones en nuestros escritores é inspiraciones en nuestros poetas. De todas partes se eleva una generación seria y suave, llena de recuerdos y de esperanzas. Pregunta otra vez su por-

venir á los pretendidos filósofos del siglo último, á los que quisiera ver volver á empezar de nuevo su pasado. Es pura, y, por consiguiente, indulgente, hasta para esos viejos y desvergonzados culpables que osan reclamar su admiración; pero su perdón para los criminales no excluye su horror para los crímenes. No quiere basar su existencia sobre abismos, sobre el ateísmo y sobre la anarquía; repudia la herencia de muerte con que la persigue la revolución; vuelve á la religión, porque la juventud no renuncia con gusto á la vida; por eso exige del poeta más que lo que han recibido de él las generaciones antiguas. Sólo daba leyes al pueblo, sólo le pide creencias.

Uno de los escritores que más potentemente han contribuido á despertar entre nosotros esta sed de emociones religiosas, uno de los que mejor saben estancarla, es incontestablemente el abate F. de Lamennais. Este venerable cura, llegado desde sus primeros pasos á la cúspide de la ilustración literaria, parece haber encontrado la gloria sólo pensando. Va más lejos. La época de la aparición del *Ensayo sobre la indiferencia* será una de las fechas de este siglo. Ha de haber un misterio bien raro en este libro que nadie puede leer sin esperanza ó sin terror, como si ocultase alguna otra revelación de nuestro destino. Sucesivamente majestuoso y apasionado, sencillo y magnífico, grave y vehemente, profundo y sublime, el escritor se dirige al corazón con todas las ternuras, al espíritu con todos los artificios, al alma con todos los entusiasmos. Ilumina como Pascal, quema como Rousseau, tritura como Bossuet. Su pensamiento deja siempre rastros de su paso; abate á todos los que no levanta. Es preciso que consuele, á menos que desespere. Desaprueba todo lo que no puede fructificar. Sobre una obra así no cabe una opinión mixta; se la ataca como á un enemigo, ó se la defiende como á un

salvador. ¡Cosa extraordinaria! Esta obra era una necesidad de nuestra época y la moda ha intervenido en su éxito. Sin duda es la primera vez que la moda se ha puesto del lado de la eternidad. A pesar de devorar ese escrito, se le han hecho al autor una porción de reproches que cada uno particularmente habría tenido que dirigirse á su conciencia. Todos esos vicios que quería desterrar del corazón humano han gritado como los mercaderes expulsados del templo. Ha habido el temor de que el alma quedase vacía después de haber expulsado las pasiones. Hemos oído decir que este libro austero entristecía la vida, que ese cura moroso arrancaba las flores del camino del hombre. De acuerdo; pero las flores que arranca son las que ocultaban el abismo.

Esta obra ha producido todavía otro fenómeno, muy notable en nuestros días; la discusión pública de una cuestión de teología. Y lo que hay de singular, y que debe atribuirse al extraordinario interés excitado por el *Ensayo*, es la momentánea desaparición de la frivolidad de la alta sociedad y la preocupación de los hombres de Estado, ante un debate escolástico y religioso. Se ha creído por un momento ver renacer la Sorbona entre las dos Cámaras.

M. de Lamennais, ayudado en su fuerza por la fuerza de arriba, ha acostumbrado á sus lectores á verle llevar, sin perder el hálito, el fardo vasto y único de una idea fundamental, de un extremo á otro de su inmensa composición. Por todas partes se revela en él la posesión de un gran pensamiento. Lo desarrolla en todas sus partes, lo ilumina en todos sus detalles, lo explica en todos sus misterios, lo critica en todos sus resultados. Se remonta á todas las causas como descendiende á todas las consecuencias.

Uno de los beneficios de esta clase de obras es que causan un profundo desagrado de todo lo que han

escrito con ironía y burla los jefes de una secta incrédula. Una vez se ha subido tan arriba, no se puede bajar tan abajo. Desde que se ha respirado el aire y visto la luz, no se puede penetrar de nuevo en esas tinieblas y ese vacío. Siéntese una inexpresable compasión viendo á los hombres agotar el aliento de un día forjando y negando á Dios. Va á creerse que el ateo es un ser aparte, organizado á su manera y que tiene razón de reclamar su sitio entre las bestias; porque no se concibe nada en la rebelión de la inteligencia contra la inteligencia. Y, además, ¿no es una extraña sociedad la de esos individuos que cada uno tiene un creador de su creación, una fe según su opinión, que disponen de la eternidad mientras el tiempo se la lleva, y que procuran realizar esta *multiplex religio*, monstruosa frase encontrada por un pagano? Diríase el caos persiguiendo á la nada. Mientras el alma del cristiano, semejante á la llama en vano atormentada por los caprichos del aire, se eleva incesantemente hacia el cielo, el espíritu de esos infieles es como la nube que cambia de forma y de camino según el viento que la empuja. Y da risa verles juzgar las cosas eternas de lo alto de la filosofía humana, como unos desgraciados que subieran penosamente á la cúspide de una montaña para examinar mejor las estrellas.

Los que llevan á las naciones ebrias de tantos venenos el verdadero alimento de vida y de inteligencia, deben confiar en la santidad de su empresa. Tarde ó temprano los pueblos desengañados se agrupan á su alrededor y les dicen, como Juan á Jesús: *¿Ad quem ibimus?, verba vita æternæ habes.* «¿A quién iremos?, tenéis las palabras de la vida eterna.»

SOBRE LORD BYRON

Á PROPÓSITO DE SU MUERTE

Estamos en Junio de 1824. Lord Byron acaba de morir.

Se nos pregunta qué pensamos sobre lord Byron, y sobre lord Byron muerto. ¿Qué importa nuestro pensamiento? ¿Para qué escribirlo, á menos que se suponga que á nadie le es permitido decir algunas palabras muy sentidas en presencia de tan gran poeta y de tan gran acontecimiento? Si hay que creer las fábulas de oriente, una lágrima se transforma en perla al caer en el mar.

En la existencia particular que nos ha hecho el gusto de las letras, en la región tranquila en que nos ha colocado el amor á la independencia y á la poesía, la muerte de lord Byron ha tenido que sumirnos en una especie de calamidad doméstica. Para nosotros ha sido una desgracia que nos llega al alma. El hombre que ha consagrado sus días al culto de las letras siente estrecharse á su alrededor el círculo de su vida física, al mismo tiempo que se ensancha la esfera de su existencia intelectual. Un número restringido de personas queridas ocupan las ternuras de su corazón; mientras que todos los poetas, antiguos y contemporáneos, extranjeros y compatriotas, se amparan de las afecciones de su alma. La naturaleza le había dado una familia, la poesía le ha creado otra. Sus simpatías, que tan pocos seres despiertan cerca de él, van á buscar, á través del torbellino de las relaciones socia-

les, más allá de los tiempos, más allá de los espacios, algunos hombres á quienes comprende y de quienes se siente digno de ser comprendido. Mientras en la monótona rotación de las costumbres y de los negocios, la muchedumbre indiferente le hiere y choca sin conmover su atención, se establecen entre él y esos hombres dispersos que su inclinación ha escogido, íntimas relaciones y comunicaciones eléctricas por decirlo así. Una dulce comunidad de pensamientos le une, como con un lazo invisible é indisoluble, á esos seres escogidos, aislados en su mundo como él lo está en el suyo; de manera que, cuando por casualidad encuentra á uno de ellos, les basta una mirada para revelarse el uno al otro; una palabra, para penetrar mutuamente en el fondo de sus almas y reconocer el equilibrio; y al cabo de algunos instantes, esas dos personas extrañas están juntas como dos hermanos alimentados por la misma leche, como dos amigos que sufren el mismo infortunio.

Permítasenos decir, y hasta vanagloriarnos de ello, que una simpatía del género de la que acabamos de explicar, nos arrastraba hacia Byron. No era, ciertamente, el atractivo que el genio inspira al genio; era á lo menos un sentimiento sincero de admiración, de entusiasmo y de reconocimiento; pues reconocimiento se debe á los hombres cuyas obras y acciones hacen latir noblemente el corazón. Cuando nos anunciaron la muerte de este poeta, nos pareció que nos quitaban una parte de nuestro porvenir. Sólo con amargura hemos renunciado á tener con Byron una de esas poéticas amistades que tan dulce y glorioso nos es sostener con la mayor parte de los principales espíritus de nuestra época, y le hemos dirigido este hermoso verso con el cual un poeta de su escuela saludaba la sombra generosa de Andrés Chénier:

Adiós, pues, joven amigo, á quien no he conocido.

Puesto que acabamos de dejar escapar una palabra sobre la escuela particular de lord Byron, tal vez no será inoportuno examinar aquí el sitio que ocupa en el conjunto de la literatura actual, á la que se ataca como si pudiera ser vencida, y se la calumnia como si pudiera condenársela. Hay falsos ingenios; hábiles para desfigurar todas las cuestiones, procuran acreditar entre nosotros un singular error. Han imaginado que en Francia, la sociedad presente, estaba expresada por dos literaturas absolutamente opuestas, es decir, que el mismo árbol producía naturalmente dos frutos de especies contrarias, que la misma causa producía simultáneamente dos efectos incompatibles. Pero esos enemigos de las innovaciones ni siquiera se han apercebido de que creaban una lógica nueva. Continúan tratando diariamente á la literatura que ellos llaman clásica como si todavía viviese, y á la que llaman romántica como si fuese á perecer. Esos doctos retóricos, que van proponiendo sin cesar el cambio de lo que existe por lo que ha existido, nos recuerdan involuntariamente el Orlando furioso del Ariosto, que gravemente suplica á un caminante acepte una yegua muerta, á cambio de un caballo vivo. Ciertamente que Orlando conviene en que su yegua está muerta, añadiendo que este es su único defecto. Pero los Orlandos del pretendido género clásico, en cuanto á juicio ó buena fe, ni están todavía á esa altura. Es preciso, pues, arrancarles lo que no quieren conceder, y declararles que hoy no existe más que una literatura, como no existe más que una sociedad; que las literaturas anteriores, á pesar de haber dejado monumentos inmortales, han debido desaparecer y han desaparecido con las generaciones de las cuales han expresado las costumbres sociales y las emociones políticas. El ge-

nio de nuestra época puede ser tan hermoso como el de las épocas más ilustres, no puede ser el mismo; y no depende de los escritores contemporáneos el resucitar una literatura (1) pasada, como no depende del jardinero hacer en otoño reverdecen las hojas sobre las ramas de la primavera.

Hay que desengañarse; vanamente un reducido número de espíritus estrechos procuran volver las ideas generales hacia el desolador sistema literario del último siglo. Ese terreno, árido por naturaleza, está desecado hace mucho tiempo. Por otra parte, después de las guillotinas de Robespierre no pueden reaparecer los madrigales de Dorat, ni puede continuar Voltaire en el siglo de Bonaparte. La literatura real de nuestra edad, aquella cuyos autores han sido proscritos como Aristides; aquella que, repudiada por todas las plumas, es adoptada por todas las liras; aquella que, á pesar de una persecución vasta y calculada, ve encerrarse todos los talentos en su esfera tempestuosa, como esas flores que no crecen sino en sitios azotados por los vientos; en fin, aquella que, reprobada por todos los que deciden sin meditar, es defendida por los que piensan con su alma, juzgan con su espíritu y sienten con su corazón; esta literatura no tiene el aire flojo y desvergonzado de la musa que cantó el cardenal Dubois, aduló á la Pompadour y ultrajó á nuestra Juana de Arco. No interroga al crisol del ateo ni al escarpelo del materialista. No se apodera de esta balanza del escéptico, cuyo equilibrio sólo es destruído por el interés. No engendra en las orgías cánticos para las matanzas. No conoce ni la adulación ni la injuria. No

(1) No hay que perder de vista, leyéndolo esto, que por literatura de un siglo, hay que entender no solamente el conjunto de obras producidas durante ese siglo, sino el orden general de ideas y sentimientos que—con frecuencia, á pesar de los mismos autores—ha presidido á su composición.

presta seducciones á la mentira. No grita su encanto á las ilusiones. Extraña á todo lo que no es su verdadero objetivo, busca la poesía en los manantiales de la verdad. Su imaginación es fecunda por la creencia. Sigue los progresos del tiempo, pero con paso grave y mesurado. Su carácter es serio, su voz es melodiosa y sonora. En una palabra, es lo que debe ser el pensamiento común de una gran nación después de grandes calamidades, triste, altiva y religiosa. Cuando es preciso, no duda en mezclarse en las discordias públicas para juzgarlas ó para calmarlas. Porque ya no estamos en el tiempo de las canciones bucólicas, ni la musa del siglo diez y nueve puede decir:

Non me agitant populi fasces, aut purpura regnum.

Sin embargo, esta literatura, como todas las cosas de la humanidad, presenta su lado obscuro y su lado consolador. Dos escuelas se han formado en su seno, que representan la doble situación en que nuestras desgracias políticas han dejado á los espíritus, la resignación y la desesperación. Ambas reconocen lo que una filosofía burlona había negado, la eternidad de Dios, el alma inmortal, las verdades primordiales y las verdades reveladas; pero ésta para adorar, aquélla para maldecir. La una lo ve todo desde lo alto del cielo, la otra del fondo del infierno. La primera coloca un ángel en la cuna del hombre y todavía lo encuentra en la cabecera de su lecho de muerte; la otra envuelve sus pasos con demonios, fantasmas y apariciones siniestras. La primera le da confianza porque nunca está solo; la segunda le espanta aislándole sin cesar. Ambas poseen igualmente el arte de bosquejar escenas graciosas y encajar figuras terribles; pero la primera, atenta á no destruir nunca el corazón, da á los cuadros más sombríos un reflejo divino; la segunda,

siempre cuidadosa de entristecer, derrama sobre las imágenes más risueñas un resplandor infernal. Finalmente, la una se parece á Manuel, dulce y fuerte, recorriendo su reino sobre un carro de rayo y de luz; la otra es ese soberbio Satanás (1) que arrastró tantas estrellas en su caída cuando fué arrojado del cielo. Esas dos escuelas gemelas, fundadas sobre la misma base, y nacidas, por decirlo así, en la misma cuna, nos parecen representadas especialmente en la literatura europea por dos ilustres genios, Chateaubriand y Byron.

Al iniciarse nuestras prodigiosas revoluciones, luchaban sobre el mismo terreno dos órdenes políticos. Una sociedad vieja acababa de desplomarse; una nueva sociedad empezaba á levantarse. Aquí ruinas, allí bocetos. Lord Byron, en sus lamentaciones fúnebres, ha expresado las últimas convulsiones de la sociedad expirante. M. de Chateaubriand, con sus inspiraciones sublimes, ha satisfecho las primeras necesidades de la sociedad reanimada. La voz del uno es como la despedida del cisne en la hora de la muerte; la voz del otro es parecida al canto del fénix renaciendo de sus cenizas.

Lord Byron, por la tristeza de su genio, por el orgullo de su carácter, por las tempestades de su vida, es el tipo del género de poesía del cual ha sido el poeta. Todas sus obras llevan el marcadísimo sello de su individualidad. El lector ve pasar constantemente en cada poema una figura triste y altiva como á través de un crespón de luto. Sujeto alguna vez, como todos los pensadores profundos, á la vaguedad y á la obscuridad, tiene palabras que sondan toda un alma, suspiros que cuentan toda una existencia. Parece que

(1) Sólo se trata aquí de una simple relación que no puede justificar el título de *escuela satánica* con el cual un hombre de talento ha designado la escuela de lord Byron.

su corazón se entreabre á cada pensamiento que de él brota, como un volcán que vomita rayos. Los dolores, las alegrías, las pasiones, no tienen misterios para él, y si solamente hace ver los objetos reales á través de un velo, muestra las regiones ideales en toda su desnudez. Puede reprochársele el desprecio absoluto de la ordenación en sus poemas; defecto grave, porque un poema que carece de ordenación es un edificio sin cubierta ó un cuadro sin perspectiva. Lleva igualmente demasiado lejos el lírico desdén á las transiciones, y alguna vez se desearía que ese pintor tan fiel de las emociones interiores, vertiese en las descripciones físicas claridades menos fantásticas y tintas menos vaporosas. Su genio se parece con demasiada frecuencia á un paseante sin objeto, que sueña andando, y que, absorbido en una profunda intuición, se ha hecho una imagen confusa de los sitios que ha recorrido. Sea como fuere, hasta en sus obras más hermosas, esta caprichosa imaginación se remonta á unas alturas donde no se puede llegar sin alas. Por más que fije el águila sus ojos en la tierra, no deja de conservar la sublime mirada, cuyo campo se extiende hasta el sol (1). Se ha pretendido que el autor de *Don*

(1) En un momento en que Europa entera rinde un brillante homenaje al genio de lord Byron, reconocido grande hombre desde que ha muerto, el lector deseará leer aquí algunas frases del notable artículo con que la *Revista de Edimburgo*, periódico acreditado, saludó al ilustre poeta á su aparición. Por otra parte, en este tono se expresan diariamente ciertos periódicos sobre los primeros talentos de nuestra época:

«La poesía de nuestro joven lord es de esa clase que ni los dioses ni los hombres toleran. Sus inspiraciones son tan vulgares, que podrían compararse á un agua estancada. Como para excusarse, el noble autor no cesa de recordar que es menor... Tal vez quiere decirnos: «Ved cómo escribe un menor.» Pero todos nos acordamos de la poesía de Cowley á los diez años, y de la de Pope á los doce. Lejos de enseñarnos que un colegial al salir del colegio ha escrito malos versos, creemos la cosa muy vulgar, y de diez colegiales, nueve podrían hacer tanto y más que lord Byron.

Juan pertenecía, por un lado de su espíritu, á la escuela del autor de *Cándido*. Es un error; hay una profunda diferencia entre la risa de Byron y la risa de Voltaire. Voltaire no había sufrido.

Este sería el momento de decir algo sobre la vida tan agitada del noble poeta; pero en la incertidumbre en que estamos sobre las causas reales de las desgracias domésticas que habían agriado su carácter, preferimos callarnos, por temor de que nuestra pluma se extravíe á pesar nuestro. No conociendo á lord Byron más que por sus poemas, nos es grato suponerle una vida según su alma y su genio. Como en todos los

»Esta sola consideración (la del rango del autor) nos hace ofrecer un sitio á lord Byron en nuestro periódico, además de nuestro deseo de aconsejarle que abandone la poesía para emplear mejor sus talentos.

»Con esta intención le diremos que la rima y el metro, cuando es siempre regular, no constituyen toda la poesía; quisiéramos persuadirle de que son indispensables un poco de ingenio y de inspiración, y de que un poema, para ser leído hoy, necesita un pensamiento nuevo ó expresado de manera que lo parezca.

»Lord Byron debería tener cuidado también de no intentar lo que grandes poetas han intentado antes que él; porque las comparaciones no son nada agradables, como ha podido aprenderlo de su profesor de escritura.

»En cuanto á sus imitaciones de la poesía osiánica, la conocemos tan poco, que correríamos el riesgo de criticar cosas verdaderamente de Macpherson, queriendo expresar nuestra opinión sobre las rapsodias de ese nuevo imitador... Todo lo que podemos decir es que se parecen á las de Macpherson, y estamos seguros de que son tan estúpidas y fastidiosas como las de nuestro compatriota.

»Una gran parte del volumen está consagrada á inmortalizar las ocupaciones del autor durante su educación. Sentimos dar una mala idea de la salmodia del colegio, por la cita de estas estancias antiguas: (Sigue la cita)...

»Pero cualquiera que sea el juicio que pueda pronunciarse sobre las poesías del noble menor, nos parece que debemos tomarlas como las encontramos y contentarnos, porque son las últimas que recibiremos de él... Tenga ó no buen éxito, es poco probable que pretenda nuevamente ser autor. Tomemos, pues, lo que se nos ofrece y seamos agradecidos. ¡Con qué derecho haríamos remilgos, no siendo más que unos pobres diablos! Es demasiado honor para nosotros recibir tanto de un hombre del rango de ese lord. Seamos agradecidos.

hombres superiores, ha hecho ciertamente la calumnia presa de él. A ella atribuimos únicamente los rumores injuriosos que han acompañado durante tanto tiempo el ilustre nombre del poeta. Por otra parte, aquella á quien sus culpas han ofendido, sin duda ha sido la primera en olvidarlas en presencia de su muerte. Esperamos que le ha perdonado; porque somos de los que no piensan que el odio y la venganza tengan alguna cosa que grabar en la piedra de una tumba.

Y nosotros perdonémosle asimismo sus faltas, sus errores, y hasta las obras en que parecía haber descendido de la doble altura de su carácter y de su talento; perdonémosle, ¡ha muerto tan noblemente! ¡Ha caído tan bien! Parecía un belicoso representante de la musa moderna en la patria de las musas antiguas. Generoso auxiliar de la gloria, de la religión y de la libertad, había aportado su espada y su lira á los descendientes de los primeros guerreros y de los primeros poetas; y ya el peso de sus laureles hacía caer la balanza del lado de los desgraciados helenos. Nosotros, particularmente, le debemos un profundo reconocimiento. Ha probado á Europa que los poetas de la nueva escuela, aunque ya no adoren á los dioses de la Grecia pagana, siguen admirando á sus héroes; y que si han desertado el Olimpo, á lo menos nunca han dicho adiós á las Termópilas.

La muerte de Byron ha sido acogida en todo el

repetimos, y añadamos con el buen Sancho: ¡Que Dios bendiga al que nos da! A caballo regalado no le mires el diente.»

Lord Byron se dignó vengarse de este miserable fárrago de lugares comunes, tema perpetuo que las medianías envidiosas reproducen constantemente contra el genio. Los autores de la *Revista de Edimburgo* se vieron obligados á reconocer su talento en los golpes de su látigo satírico. El ejemplo parece digno de ser seguido; sin embargo, confesaremos que hubiéramos preferido ver á lord Byron guardar el silencio del desprecio. Si no hubiese sido el consejo de su interés, hubiera sido al menos el de su dignidad.

continente con muestras de dolor universal. El cañón de los griegos ha saludado mucho tiempo sus restos, y un luto nacional ha consagrado la pérdida de este extranjero, entre las calamidades públicas. Las puertas orgullosas de Westminster se han abierto como por sí mismas, á fin de que la tumba del poeta honrase el sepulcro de los reyes. Y ¿por qué no decirlo?, en medio de esas gloriosas señales de la general aflicción, hemos buscado qué testimonio solemne de entusiasmo rendía París, esta capital de Europa, á la sombra heroica de Byron, y hemos visto una burla que insultaba su lira y un estrado que ultrajaba su féretro (1).

(1) Algunos días después de la muerte de lord Byron, se representaba, en no sé qué teatro del boulevard, no sé qué broma de mal tono y de mal gusto, en que á este poeta le ponían en escena con el nombre ridículo de *Lord Tres Estrellas*.